

Pablo Posada Varela o la vida como compulsión de sentido

Iván Galán. Bergische University Wuppertal (Alemania)

Recibido 25/11/2023

Resumen

La pérdida inesperada de nuestro amigo Pablo Posada Varela el pasado doce de septiembre representa una tragedia a duras penas expresable. Escribir sobre algo o alguien implica un ejercicio de distancia; consiste, ante todo, en buscar, escoger y tomar una perspectiva (o varias, acaso unidas todas ellas en la concreción de un espectro, del espectro fenomenologizante, figura conceptual acuñada por Pablo). Si escribir se ha, que ocurra entonces desde la cercanía, que hoy más que nunca llega transverberada de desgarro, incredulidad y estupor.

Palabras clave: Pablo Posada Varela, amistad, moralidad, concrescencia, mereología, Marc Richir.

Abstract

Pablo Posada Varela or life as a compulsion of meaning

The unexpected loss of our friend Pablo Posada Varela on September 12 represents a tragedy that can hardly be expressed. Writing about something or someone involves an exercise in distance; It consists, above all, in searching, choosing, and taking a perspective (or several, perhaps all of them united in the concretion of a spectrum, the phenomenologizing spectrum, a conceptual figure coined by Paul). If writing has happened, then let it happen from closeness, which today more than ever comes transverbed with heartbreak, disbelief and stupor.

Key words: Pablo Posada Varela, Friendship, Morality, Concrescence, Mereology, Marc Richir.

Pablo Posada Varela o la vida como compulsión de sentido

Iván Galán. Bergische University Wuppertal (Alemania)

Recibido 25/11/2023

Eis qui absentia tua magno dolori erit

La pérdida inesperada de nuestro amigo Pablo Posada Varela el pasado doce de septiembre representa una tragedia a duras penas expresable. Un sentimiento de dolor aciago nos invade a amigos, familiares y allegados, dificultando en extremo cualquier tipo de articulación. Escribir sobre algo o alguien implica un ejercicio de distancia; consiste, ante todo, en buscar, escoger y tomar una perspectiva (o varias, acaso unidas todas ellas en la concreción de un espectro, del espectro fenomenologizante, figura conceptual acuñada por Pablo). Escribo estas líneas a tres semanas vista de su partida. La contundente masividad de tan funesto evento emborrona los horizontes y enturbia las perspectivas. Conmemorar un pensamiento que tenía su fuente de origen en la más briosa de las vitalidades resulta una tarea apenas abordable, tamañas son la incredulidad y la sensación de absurda contradicción. Nuestra pérdida es demasiado grande, demasiado despiadada, demasiado clamorosa en lo que tiene de amputación brutal y de salvaje privación como para permitirnos adoptar una actitud de distanciado comedimiento frente a él, al que tanto debemos, al que fue nuestro amigo y maestro, nuestro acicate y revulsivo. Si escribir se ha, que ocurra entonces desde la cercanía, que hoy más que nunca llega transverberada de desgarró, incredulidad y estupor.

Conocí a Pablo un soleado día estival del año 2006, con motivo de una conferencia que sostuvo Bernhardt Waldenfels en la universidad de Wuppertal. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en la cantina de la citada universidad, a la cual el ponente y su auditorio habían trasladado el debate filosófico que había comenzado en las aulas. En aquella ocasión apenas sí intercambiamos algunas palabras de cortesía. Pero por algún extraño motivo, aquel atiplado español de buenos modales y maneras dulces suscitó en mí una gran curiosidad e inquietud. Algunos detalles de aquel primer encuentro,

detalles que acaso pudieran ser tachados de anodinos, se me han quedado grabados con limpidez indeleble. Recuerdo, por ejemplo, el lugar exacto en que él estaba sentado, recuerdo su conversación con Yves M. (como él doctorando de László Tengelyi), la cual versaba sobre dos conceptos que yo entonces oía por primera vez: «*epojé* hiperbólica» y «*mereología*». También recuerdo, junto con otras cosas que no estimo oportuno reproducir aquí, que Pablo asumió generosamente los costes de un comensal que, por el motivo que fuere, no podía sufragar su factura.

El semestre de invierno nos deparó un evento filosófico muy especial. Tengelyi había determinado dedicar el seminario doctoral (*Oberseminar*) a las *Meditaciones fenomenológicas* de Marc Richir. Excuso decir cuán a la medida de Pablo era aquel seminario. Todos los martes a partir de las 19:15 horas se nos dispensaba asistencia a un festival filosófico sin parangón. La cautivadora seducción de la filosofía de Marc Richir era desplegada frente a un público atónito en la agradable, lenta e impoluta prosodia del filósofo húngaro. En las primeras sesiones Pablo guardó silencio, no dijo nada, no levantó la mano, no reclamó la palabra. Recuerdo que Tengelyi, sabiendo de primera mano lo que muchos ignoraban, a saber: que Pablo era un consumado especialista en Richir (de hecho, ambos coincidían todos los veranos en los seminarios que organizaba el filósofo belga en La Rochegiron), llegó a interpellarle en privado, intentando averiguar la causa de tan timorato comportamiento. Dicho y hecho. La siguiente sesión fue admirable. Recuerdo a Pablo tocando la claviatura de la filosofía richiriana en toda su amplitud y colorido. Especialmente vitriólico se mostraba frente a los estudiantes heideggerianos, enfrascándose con ellos en largas refriegas dialécticas. Ya entonces le vi blandiendo una de sus frases favoritas al apostrofar, en plena refriega dialéctica: «*Heidegger übersieht das Spielerische am Phänomen*» («Heidegger ignora lo revoltoso/lo jugueteón del fenómeno»). El sentido de esta frase permaneció mucho tiempo oculto para mí. Para Pablo, el carácter intrínsecamente jugueteón del fenómeno reside en las concrecencias (las «nada sino partes») que los subtienden, componen y atraviesan. Pensar en el fenómeno como unidad dada representa a la sumo una exigencia de la razón, mas sustentada y suscitada por el magnético (y mimético) juego de las partes abstractas en permanente composición recíproca. El verdadero fenómeno de la fenomenología radica en las plétoras de concrecencia a la obra en la constitución. Para Pablo la fenomenología no consistía en

el arte diplópico que resulta de redoblar o reoperar el sentido de los objetos naturalmente dados en recurso a su mención noemática, a su intencionalidad constituyente, sino en reducir el concepto conjuntista de unidad, así como las categorías de inclusión y pertenencia que le acompañan, para abrir el campo fenomenológico a los despliegues y evoluciones de las concreciones entre fenómenos (vale decir entre partes). La reducción mereológica desfonda el concepto de unidad tributario de la teoría de conjuntos, rescata a las partes de su forclusión en las categorías de inclusión y pertenencia, y las pone a danzar en torbellinos de concreción. Con otras palabras, la mereología libera la fenomenalización de los fenómenos a su intrínseco dinamismo. Pero retornemos por ahora a nuestra pequeña narración biográfica.

De esa época data la gran fortuna de nuestra amistad, esa rara concreción que se nutre de soledades radicales irredentas. En ocasiones Pablo, que vivía en Colonia, se quedaba a dormir en mi casa de la Nüllerstrasse tras el *Oberseminar*. Con frecuencia postergaba su retorno a Colonia hasta los jueves, lo que nos daba ocasión de hablar de los más diversos temas. Recuerdo las clases magistrales sobre la filosofía de Richir que Pablo, entusiasmado, solía impartirme. También me hablaba del propio Richir, al que finalmente pude conocer en enero de 2008 por intervención directa de Pablo. La declamación de poemas se intercalaba con las charlas filosóficas más variopintas.

Así se produjo el inicio de nuestra amistad, amistad intensa y frecuentada con regularidad diaria hasta bien entrado el 2013, año en el que Pablo traslada su lugar de residencia de Alemania a Francia (primero a París, finalmente a Toulouse). A partir de entonces volví a verlo en contadas ocasiones, aunque los intercambios de correos y mensajes fueron tanto más frecuentes. Será para mí siempre un gran consuelo pensar en este tiempo como una época de gran felicidad para ambos. Fueron tiempos de vitalidad desbordante y, para Pablo, de gran creatividad filosófica, como lo atestiguan la gran cantidad y calidad de las publicaciones que de este periodo datan.

Quienes le conocieron no dudarán en destacar como adornos personales toda una pléyade de admirables cualidades humanas. Entre ellas destacan su increíble agudeza filosófica o su inusitada destreza para aprender y dominar idiomas. Las numerosas grabaciones y videos que circulan por la red corroborarán cuán certeras son ambas consideraciones. Mas con ser esto cierto, con ser Pablo la personalidad filosófica más

interesante que hasta la fecha me ha sido dado conocer en profundidad, preferiría destacar un aspecto menos conocido de su «persona», y entrecomillo esta palabra deliberadamente con la intención de dar a entender que este aspecto que me propongo conmemorar, no tiene nada de personal, sino que más bien se adentra por lindes y vericuetos en los que el sintagma «cualidad personal» comienza a perder su pertinencia, a resultar inapropiado, cuando no equívoco o incluso deliberadamente errado. Se trata de la moralidad, de la dimensión moral en tanto que esta trasciende y rebasa la dimensión natural y fenoménica del hombre. Bajo el título «moralidad» aludimos por lo tanto a aquella dimensión original de la vida práctica que no tiene que ver meramente con intenciones, finalidades, propósitos, hábitos o costumbres, ni tampoco se deja cernir o concernir por categorías provenientes del orbe de la psicología, sino que antes bien la precede, principiando por ser, antes que nada —al menos así se me antoja—, incondicionado azote de sentido. Kant afirmaba que la única atestación posible de la razón pura estribaba en lo que el denominaba «*factum* de la pura razón práctica». Así las cosas, la razón pura en su uso práctico era capaz de producir, merced a un «*sic volo, sic iubeo*», un juicio sintético *a priori* de forma inmediata e incondicional por la mera vía de la practicidad: el imperativo categórico (*das Sittengesetz*). Pues bien, puedo afirmar que jamás he conocido a alguien que se bañase en el elemento incondicionado de la moral de forma tan resoluta e intensa como Pablo. Pablo odiaba la disimulación bajo las convenciones de la vida. No comprendía la filosofía como mero ejercicio de distanciamiento crítico frente a una realidad estática y clausurada. Todo en él tendía a abrirse de manera incondicional y —como él solía decir— «sin concesiones» a la infinita apelación del fenómeno ético, de la ética como fenómeno. En esta apertura estribaba la raíz de su genio. La moral no estaba presente en él como norma, apotegma o directiva, sino como hecho bruto y sin paliativos. En el imperativo ético se fundaba todo su pensar y su quehacer. La fuerza e intensidad de esta entrega sin parapetos se tornaba en el seno de la amistad en algo desbordante, algo que, a la manera de una cornucopia que de puro rebosante acaba por colmarse y esparcirse por doquier, terminaba por compeler a quien penetraba la órbita mágica de su persona. Uno no podía por menos de sentirse irradiado por la potencia de un indisponible, de una alteridad radical cuya voz, sin embargo, conseguía hacer, usando los huecos y puntos muertos de quién sabe qué concrecencia, eco en los aposentos

más recónditos de la intimidad de quien le acompañaba. Esta alteridad era, creo yo, la alteridad del fenómeno moral como azote y compulsión bruta de sentido. A esta dimensión Pablo le había entregado todo su ser, toda su *Leiblichkeit*, él era, por decirlo con Lévinas (2012: 12), la «*mise en moi*» de esa alteridad por él dispensada, adonada. Ser filósofo significaba entonces derribar los tabiques de la personalidad, de esa parcela de impropiedad finitizada que es el *Selbst* mundano (impropiamente mundanizado), para abrirse a la alteridad radical de lo Otro en sí, del otro sí, de lo Otro como sí. Se habrá adivinado la cercanía de estas reflexiones con su concepción de la reducción fenomenológica como deshumanización. En él la teoría, como quería Goethe, brotaba del acto, era paso al acto, realización ética.

Todo esto que acabamos de consignar implicaba para su adlátere, para quien caminaba a su lado por la vida, por una nueva vida recubierta de entusiasmo filosófico, una doble consecuencia. Por un lado, uno ganaba, gracias a lo Otro del otro, acceso a los registros más recónditos de su propio ser, a la trastienda de un ser anónimo, desconocido e inmemorial, desde luego domado por la convención y aherrojado con las cadenas de la costumbre, la representación y el hábito. Su amistad practicaba de forma espontánea una suerte de reducción a distancia en el ser individual del amigo, desvelando y franqueando tierra incógnita en lo que uno suponía lo más trillado y obvio de su propia intimidad consigo mismo. Pero este hiato le quitaba a uno, a la vez y literalmente, el suelo debajo de los pies. Al lado de Pablo era imposible no tener una sensación de flagrante insuficiencia, de no hacer lo suficiente por los otros, la comunidad y la filosofía. Es cierto que Pablo podía ser muy exigente, pero las exigencias que él le trasladaba al otro eran, para empezar, signo de amistad y reconocimiento (en el esfuerzo ético, el otro era para él indefectiblemente, sólo podía ser, un amigo); pero, por otro lado, uno siempre estaba cierto de que las exigencias que él extendía al prójimo eran siempre nimiedades en comparación con las que él mismo se autoimponía.

En definitiva, con Pablo no sólo se pierde (no sólo pierdo) el bucle mágico de su amistad, de aquello que significaba, a la vez y de un solo golpe, el advenimiento de lo Otro a sí y salida de sí hacia sí a través de lo Otro del otro, ambas cosas entretreídas en la simultaneidad especulativa de un ya indisponible y solamente aventado en la concrescencia imposible de la amistad. Con Pablo se rompe de manera irreparable un

proyecto filosófico y fenomenológico sin parangón. A este respecto me gustaría llevar a cabo una serie de reflexiones.

Clasificar la obra de Pablo es una tarea imposible de efectuar por el momento. La extensa obra publicada, fundamentalmente en forma de artículos en francés y castellano, representa sólo una pequeñísima parte de su producción. Pablo ha dejado decenas de cuadernos y centenares de grabaciones, los cuales albergan un proyecto filosófico de radical ambición y originalidad. Desde 1994 venía él desarrollando, al margen de sus compromisos académicos y sus escritos de carácter exegético, su pensamiento más personal. Entre ambas esferas de acción filosófica el pasaje no es ni obvio ni inmediato. Además, pocos eran quienes sabían de esta doble «vida» filosófica, celosamente protegida y salvaguardada de terceras miradas. Así las cosas, en aras a poder formarse una idea adecuada acerca de su importante legado filosófico, dos cosas serían deseables: de un lado se me antoja absolutamente necesario recoger y aunar en una edición la obra publicada a lo largo de su vida, de otro poner en pie un archivo que recoja y de acceso a su obra póstuma con fines investigativos.

Su obra publicada abarca temas que van desde la fenomenología hasta el pensamiento político pasando por la estética y la epistemología filosófica. En el centro de casi todos sus escritos encontramos consideraciones mereológicas, las cuales se basan en gran medida en el magisterio de Miguel García-Baró y Agustín Serrano de Haro.

De la mereología Pablo hace un uso eminentemente metodológico, vinculando la ontología formal que Husserl presenta en su III investigación lógica con las elaboraciones de Eugen Fink concernientes a la reducción fenomenológica, las cuales se hallan expuestas en su *Sechste cartesianische Meditation* (1932). En este artículo de homenaje nos gustaría avanzar algunas observaciones en relación con la importancia que cabe otorgarle al uso de la mereología en fenomenología. Como no puede ser de otra manera, estas observaciones tan sólo pueden ostentar un carácter preliminar e introductorio, pues de lo contrario me vería obligado a exceder con mucho el marco propuesto a la presente publicación. Las elucidaciones subsecuentes habrán, por lo tanto, de ser retomadas y desarrolladas temáticamente en ulteriores trabajos.

Para empezar, me gustaría subrayar que, cuando Pablo Posada habla de mereología, no está pensando de ningún modo en aplicar un tratamiento ontológico-formal al campo trascendental. La mereología no es un filtro formal que preexistiese a la inauguración, merced a la efectucción de la *epojé* y reducción fenomenológicas, del campo de investigación propio a la fenomenología, cual si de una retícula formal exógenamente introyecta se tratare. Esto implicaría la reintroducción subrepticia de una trascendencia mundana (la ontología formal en cuestión) en la esfera trascendental que se trata de *de-finir/de-limitar* (*Ent-schränken*) y describir. Semejante empresa, delimitar la vida humana rompiendo su sesgo mundano-natural por vía de la suspensión de la tesis general de la actitud natural, se vería interrumpida y fracasada por la introducción de un ente intramundano, lo que implicaría su finitización de hecho y la subsecuente recaída en la actitud natural¹ que se trataba de superar. La mereología tampoco representa el «pellejo», rastro o destilado formal que queda del fenómeno cuando se le vacía (por abstracción formalizante) de su entraña material. Ella no es ni un concepto *a priori* ni un concepto formal; no es ni la condición de posibilidad del fenómeno ni su esqueleto formal abstracto. Ambas determinaciones suprimen la fenomenalidad del fenómeno, es decir, el lugar de su producción concreta y autónoma. La mereología, lejos de sobrevolar la fenomenalidad de los fenómenos (*erklärend*), pretende dar cuenta de esta a partir de ella misma (*aufweisend*).

Para Pablo la situación original de la producción mereológica se halla en la reducción misma, que él concibe como reducción mereologizante o mereologización. La reducción, lejos de aplicar una matriz de descripción natural extrínseca a lo fenomenológico, permite que advenga la articulación de lo trascendental como emergencia de la fenomenalidad en cuanto tal. Esta última no brota o surge desde el centro de un fundamento dado y siempre ya presupuesto, sino que se fragua y cifra en el puro *con-cre(s)cer* de los diversos momentos los unos con los otros y los unos a través de los otros, momentos que fundan así un todo que de ningún modo los precede. El colorido es tal con la extensión espacial y a través de ella, del mismo modo que la extensión espacial es tal con el colorido y a través de él. Ambos, el uno con el

¹ La *Aus-schaltung* de la tesis general de la actitud natural es de un mismo golpe y movimiento (contra-movimiento) *Frei-schaltung* de la vida trascendental constituyente, quedando así liberada de su ancestral anonimato.

otro y a través del otro, fundan la superficie espacial concreta en cuanto tal, que sólo existe y puede existir como efecto de la concrecencia de sus partes o momentos. En toda concrecencia hay, como se acaba de ver, un doble movimiento o juego de fuerzas entre las partes concrecentes. Lo mismo vale para los horizontes internos, los horizontes externos, los ingredientes hiléticos de la vivencia, los horizontes temporales, etc. La dialéctica mereológica es siempre de orden multipolar y multimedial.

La operatividad trascendental que de forma tácita o secreta (Fink diría «operativa») nimba y ceba la fenomenalidad del fenómeno es de índole mereológica. Si la tesis de la actitud natural presupone la existencia de un todo concreto independiente (el mundo) como gran continente que, cual si de un recipiente se tratara, porta y lleva en su seno todas las cosas existentes, incluida la subjetividad trascendental en su revestimiento natural (la simulación de lo trascendental en su apariencia natural-mundana representa la materialización concreta del anonimato trascendental), esto se debe fundamentalmente a que la lógica que preside y comanda la organización de las diversas realidades que comparecen en el mundo natural es eminentemente conjuntista. Esta lógica se desfonda por mor de la reducción trascendental con la subsecuente mereologización que ella suscita. Escuchemos a Pablo:

La fenomenologización es, en cierto modo, una mereologización. Consiste en hacer de lo que en actitud natural aparecía como una parte concreta, pedazo, o todo relativamente independiente, nada más y nada menos que una parte abstracta (concretamente abstracta si se quiere), un momento, es decir, una parte absolutamente dependiente: algo que para ser lo que es, ha de coexistir con otras partes en un todo que, por lo demás, contribuye a *fundar*. Pues bien, ese todo es la correlación trascendental que, a su vez, no se sostiene sino en virtud de sus partes dependientes y en concrecencia [...]. [Posada Varela, 2014: 226-227]

Desde el punto de vista epistemológico, la recomposición concretizante que la mereologización opera sobre todos los objetos del campo trascendental e, incluso y primariamente, sobre el campo mismo (la correlación intencional entre vida-mundo), nos puede ayudar a remontar algunas dificultades concernientes a la evaluación y estimación del «ente» trascendental en cuanto tal (en realidad un *meón* carente de toda positividad ontológica). Uno de los mayores logros de la mereología en su conceptualización vareliana estriba en que permite llevar a cabo una reducción de la

reducción. En lugar de explicitar la intencionalidad a partir de aquello que ella, en su tendenciosidad (es decir, en su estar-tendida-hacia) vislumbra y columbra como su polo objetivo, en lugar de explicar la inmanencia a partir de la trascendencia que en ella se escorza y constituye, la mereología de cuño vareliano explicita la intencionalidad a partir de ella misma, en su pureza e inmanencia, en su irrealidad y virtualidad, resolviendo así el objeto *sui generis* «intencionalidad» a partir de la dialéctica multipolar y multimedial que la dinámica de la partes en concrecencia pone en marcha. Se trata de un desplazamiento o acentuación sumamente sutil, pero de vital importancia. La exégesis que Pablo lleva a cabo de la filosofía husserliana le permite reducir o neutralizar cualquier intento de explicar la intencionalidad a partir de elementos determinantes, es decir, de características que, con provenir de la actitud natural, no dejan sin embargo de hallar acomodo en el seno del campo trascendental. La explicitación de «ser trascendental» ha de ser entonces reflexiva de parte a parte. La fenomenalidad del fenómeno no se ha de quedar explicitada tanto a partir de la dimensión objetal que en ella se atesta y pone de manifiesto, como en la reflexividad intrínseca de las partes abstractas (pre-objetivas o incluso a-objetivas) en su recíproco solicitarse. Dicho de otra forma: la mereología como rudimento metódico permite explicitar la esfera de inmanencia purgándola de cualquier referencia a una remanencia tributaria de la actitud natural y, como tal, atestadora de un carácter simbólico-determinante. Dicho con Derrida: la mereología expurga el paradigma de la mimesis de la esfera de aclaración trascendental.

Para terminar, me gustaría conmemorar lo que la desaparición de Pablo representa para la filosofía en lengua castellana en general y para la fenomenología en especial. Cabe decir que Pablo era el principal valedor de la difusión del pensamiento de Richir en el mundo hispanohablante. Su enorme capacidad y el sinnúmero de sus habilidades hacen su labor de todo punto insustituible. La expansión del pensamiento richiriano sufre así un serio revés, cuyos efectos se presentan de entrada como irreversibles. Amén de su labor exegética, Pablo trabajaba en el desarrollo de una filosofía propia y original. Esta labor absorbía la mayor parte de su tiempo, a ella le dedicaba casi todos sus desvelos y afanes. Él solía decir que su principal pretensión en la vida era dejar dichas algunas intuiciones que se le habían manifestado a la temprana edad de 19 años.

Con su fallecimiento, su pensamiento, aún en ciernes, queda en estado de huérfana precariedad; desde ella no cesa de interpelar el horizonte de nuestra propia finitud. La amistad en el pensamiento cobra, de forma tan inesperada como inusitada, una dimensión ética y responsiva: Pablo jamás dejará de ser nuestro amigo, aunque ahora también se nos torne en la tarea de nuestra vida. ¡Hasta siempre amigo!

Bibliografía

Lévinas, E. (2012), *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca, Sígueme.

Posada Varela, P. (2014), «Sobre el fenomenologizar como cinestesia concretizante», en *Investigaciones fenomenológicas*, n.º 11. Madrid, UNED, pp. 223-248, <<https://doi.org/10.5944/rif.11.2014.29542>>, [20/10/2023].